



684.641


Rubén Darío

Gabriela Mistral

El que nos Salvó la Cara

Por ROSA SILVA E.

Por mucho que pueda haber de cierto en eso de que no hay gente más mudable que los poetas, el caso de Juan Germán Cruchaga señala una eminente excepción. Fue funcionario por más de cuarenta años consecutivos, y si en ese lapso estuvo frecuentemente cambiando de país y de estaciones del año a través del Equinoccio, lo hizo siempre siguiendo una línea de acción en el servicio público. No era que le instase a ello la necesidad de cambiar de aires. Era porque en los momentos en que menos podía imaginarse se le necesitaba a él en otra parte. Y allí iba. Pero como el poeta y el funcionario formaban un solo ser indisoluble, fue en este ir y venir como salieron a las prensas, tras "Junto al bracerío" inicial, una "Fiesta del Corazón", "Chepón" y "Agua de cielo..."

Era un mundo interior el que a través de tales cámbios de clima, culturas y lenguas se expresaba en esos poemas transparentes y de una soberana delicadeza emocional. Su desempeño diplomático terminó en el cargo de Embajador en las repúblicas centroamericanas.

Lo hizo así hasta los 65 años, o sea la edad límite de actividad de los diplomáticos de carrera. Y participada de este modo la elección de las personalidades ajenas del hombre y el funcionario que había en él, Juan Germán Cruchaga empezó a vivir solo y libremente su vida. Desde entonces ha podido elegir él, y no el Gobierno, el sitio del globe terráqueo donde le place estar.

Por el momento, según nos enteramos por los telegramas pecorinos de Europa, ese sitio es Inglaterra. Un día reciente se le ocurrió visitar el Museo Británico. Prefirió el departa-

mento destinado a conservar autógrafos de gente célebre de todos los países y todos los tiempos. Y le dejó mucho que en las vitrinas de ese departamento no los hubiera de poetas o escritores representativos de la América hispana.

Como él tiene varios de estos autógrafos en su archivo personal, del que lleva siempre consigo los que le son más preciosos, consistentes en un auténtico trozo de Rubén Darío y en otro de Gabriela Mistral, pensó que podría salvar una ausencia tan deplorable. Y en el acto inició los trámites para desposeerse para siempre de esos dos tesoros. Claro es que este trago ha significado para Juan Germán Cruchaga un desgarramiento en la carne viva del alma. Pero sintió quizá que después de haber comprobado personalmente la falta de unos autógrafos de escritores representativos del mundo hispanoparlante, conservar el los ayude le dolería aún más en la sucesiva, como un insalvable recordatorio.

La gente de habla hispanica, desde México a Chile, y, al otro lado del Pacífico, hasta las Filipinas, no sabía o no la preocupaba que no figurasen autógrafos de poetas ajenos en las vitrinas donde los hay de todo el mundo y todas las lenguas y épocas. Ahora lo saben. Y hay tal vez una manera de evitar futuras abiectiones semejantes y de ahorrarnos también el estrago del que acabamos de conocer: que los museos iberoamericanos, a su turno, guarden también un autógrafo del autor de "Guitarra de la primavera" en sus vitrinas. Y pronto. Para que Juan Germán Cruchaga y los otros escenas sobrecorrientes que quedan de la pandilla lírica y bohemia de sus 29 años adueñen a ratos.

El que nos salvó la cara [artículo] Hugo Silva E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Silva E., Hugo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El que nos salvó la cara [artículo] Hugo Silva E.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile